

De alegrías y odios

“La alegría es un arma superior al odio; las sonrisas más útiles, más feroces que los gestos de rabia y desaliento”.

Daryna rememora esta frase, se le grabó en la memoria, pertenece a un libro que leía este verano; consiguió una beca para estudiar español. Las palabras se mezclan con esos pasados brillos de sol y risas, agitan su corazón y escuecen su pena, se acurruca en el saco, sus párpados se rinden y amasan las lágrimas que cada noche la acompañan. Decimotavo día de guerra en su amado país.

Son las diez de la mañana, seis horas en pie, desde el alba entrenan, cuidan, asean el lugar y lanzan soflamas para elevar los ánimos, no pueden decaer, son lo último que les arrebatarán. Es el turno de las prácticas de tiro, se le da bien, siempre hacía puré los muñequitos en la feria, recuerda las chanzas hacia su hermano pequeño que no destacaba precisamente en esta destreza. Cuando ayer lo encontró marchando con un fusil al hombro, casi enloquece, consumió todos sus argumentos, vacuo intento. Él se situaría en el frente y ella cuidará a la abuela. Hay cuestiones que no cambian. Canturrea para ahuyentar los oscuros pensamientos, sabrá de él esta noche, sin duda volverá. <<El tiempo trascurre deprisa si estás ocupada>>.

El reloj marca las trece, la esperan, debe encender el móvil y dar señales de vida a su familia rusa. Descargarán las fotografías y el aliento que aguantan desde hace horas, difundirán al otro lado las imágenes de la vergüenza, el llanto de sus hermanos, la muerte en las aceras, los hospitales arrasados, los sacos de arena; que cuidan las bellas estatuas, los adolescentes con fusiles, la barbarie, la sin razón, la podredumbre humana. Leerán el escueto mensaje y volverán a inhalar la mezcla de alivio y desconsuelo.

Día 19. Los tres a salvo. Os queremos. ¡Gloria a Ucrania!



La voz de la abuelita vuelve con su son un día más.

—Hoy no te arriesgues, no vayas, quédate aquí conmigo, no salgas, prométemelo.

No soporta que su niña haya cambiado las trenzas por un pantalón militar, no la reconoce en sus arengas.

¡Defiendo a mi país, defiendo mis ideas, defiendo lo nuestro, te defiendo a ti!

Sabe que la retiene, si ella no estuviera... En un rato saldrá junto a una expedición a buscar alimentos, agua, mantas y medicinas, nada de lo que ella diga podrá evitarlo. Hoy la ha oído sugerir llegar a la biblioteca, desea traer libros, la abuela organizará lecturas que alimentarán el alma, le oyó decir.

Daryna no ha podido evitarlo, se ha desviado hasta su barrio, observa incrédula las casas moribundas, esqueletos repelados, despojos de existencias truncadas, carroña en una ciudad desierta. Le alerta ruido, descubre que algunos vecinos han decidido continuar allí, dobla la esquina y observa incrédula tres niños jugando en el parque, a lo lejos una ristra de personas, según se acerca no da crédito, escucha música, es Manuel, el barbero, ha abierto la peluquería y están haciendo cola para arreglarse el tupé.

La idea de volver a su casa prende en su ánimo. Mañana se lo planteará. Si han de morir será dignamente, en casa. Vuelve a la estación con chiribitas en los ojos, trae libros y la idea de retornar a su hogar que le cosquillea en las orejas.

La noche ha caído, todos están de nuevo a salvo, han resistido veinticuatro horas más, se felicitan, se contagian valentías, muestran arrojos y osadías. Se unen en torno a la abuela, lee para ellos. <<¡Qué bonita voz tiene!>> Un momento para sonreír.

Cuando le vence el sueño, las palabras vuelven a asomarse “*La alegría es un arma superior al odio; las sonrisas más útiles, más feroces que los gestos de rabia y desaliento*” y en su rostro se dibuja algo similar a una sonrisa, es el momento de bajar la guardia, hoy elige no abandonarse al llanto. Se lo dirá mañana, cuando despierte, <<siempre está contenta cuando despierta>>.

La misma rutina en la mañana, ya son las diez, la abuela se ha quedado dormida abrazada a un ejemplar. Toma unos segundos para observar el rostro tan amado. Se lo va a plantear, no lo va a dilatar por más tiempo, la va a convencer, serán heroínas, volverán al barrio, la emoción le embarga, aproxima los labios a su mejilla, la besa con suavidad ¡Una inefable expresión tensa su cuerpo!, grita, ¡no está dormida! ¡está, está! ¡tú no!

Trascurre más de una hora de bombardeos y derrumbes en su interior, cavas trincheras, despliega alambradas, sitúa sacos de arena; que salven lo poco bello que le queda, agota lágrimas, sorbe mocos, seca mejillas, posa los ojos en la eternidad, agarra con rabia el fusil y escupe con odio.

—¡Ahora ya puedo ir al frente!